

derna, la poesía y el pensamiento constituían una sola manifestación del espíritu.» Eso fue antes, eso pudo ocurrir y de hecho ocurrió. Pero ahora hay ruptura, el hombre es dual, tiene dos orillas en la significabilidad de su existencia. La preocupación del poeta por acceder a lo misterioso. Aprendiendo a conocer mediante el sueño. La lucha a la que se aludía antes, la separación y no la integridad. Al fin y a la postre hay que concluir con palabras de Montaigne, «saber de memoria es no saber», y oportunamente lo recuerda Sábato. El hombre en su problemática, siempre rodeado de circunstancias orteguianas, el hombre de cultura, el hombre culto por excelencia. ¿Cómo lo podemos imaginar y autorretratar? Es aquel que «detenta un conjunto de elásticos sistemas que confieren la intuición, el dominio y la valoración de la realidad», afirma Sábato. Panorama dentro de la credulidad y de la incredulidad; de todos modos resurge la actitud dual. Tal vez por creerse en la libertad, y por practicarla. Con lo que dijo Malraux en su obra *Le temps du mépris*, cabe señalar con mucha rabia que hay el oficio de la verdad y el oficio de la libertad.

Así, Sábato bucea en zonas que no siempre resultan luminosas, es decir, territorios donde las dificultades de análisis y de aplicación son muchas y asimismo importantes. Sin embargo, ¿qué puede hacer el artista? Tan sólo aceptarlas, doblegándose a las exigencias del vivir libre y auténticamente. «La creación artística es un complejísimo testimonio de su tiempo, por momentos tan ambiguo y oscuro como los sueños y los mitos, con frecuencia terrible, pero siempre constructiva en el más paradójico de los sentidos», expone Sábato, el hombre en sus contradicciones, integrándolas en la dialéctica de su propia condición humano-cultural. Una voz que nunca es servil, aunque a veces las apariencias puedan mostrarse como engañosas, una voz en lo más complejo de las circunstancias actuantes y envolventes. Es un problema eterno, y el escritor añade que «las furias no pueden ser ignoradas, y mucho menos pueden ser vilmente rechazadas» porque siempre suceden cosas extraordinarias, como aquello tan conocido de que «mientras más extremadamente se ha intentado racionalizar al hombre, más brutalmente reaccionaron las potencias oscuras». Se subraya, así, el papel nocturno de los barrancos mentales.

Y todos, podríamos preguntarnos, ¿por qué causas o motivaciones? ¿Tan exageradamente noble y digno es lo artístico? La respuesta sabatiana es la siguiente: «En una civilización que nos ha despojado de todas las antiguas y sagradas manifestaciones del inconsciente, en una cultura sin mitos y sin misterios, sólo queda para el hombre de la calle la modesta descarga de sus sueños, o la catarsis a través de las ficciones de esos seres que están condenados a soñar

para la comunidad entera.» Destino inimitable y arriesgado, verse obligado a soñar en nombre de un denominador común colectivo y anónimo. El artista, el poeta, que carga con la soledad de los demás. Una significación que a todas luces es hermosa aunque desconcertante en parte. Lo individual, como resonancia de la vastedad, de la totalidad humana. Vuelo o viaje de mucho interés, «que nos lleva de la cuna a la sepultura, para enfrentarnos con nuestro duro, trágico, pero noble destino de animal metafísico». Y acto seguido se añade el corolario correspondiente en palabras sabatianas: «¿puede haber una misión más alta para la literatura?».

Adivínase, ahí dentro, una insinuación que es evidencia y pura luz: la necesaria rebeldía del artista, del poeta. «Si un creador es profundo... es, por lo tanto, un rebelde, es un delegado de las Furias, aun sin saberlo, y por supuesto sin quererlo.» La rebelión casi sagrada y automática de los grandes creadores, el corazón de soledades, la ternura honda siempre desgarrada y sangrante, cuando «las virtudes están inexorablemente unidas a sus defectos».

La verdad interior y callejera, las patrias que «han sido vilipendiadas por sus escritores», la admirable paradoja de la coexistencia entre asentimiento y disentimiento. Al fin y al cabo, el inexorable derecho a la rebelión. El poder de los sueños, ofreciendo una significación a todos. Que nos despierte y nos azuce. Que nos llene de inquietudes. Pongámonos de acuerdo: «la obra de estos creadores es una forma mitológica de mostrarnos una verdad sobre el cielo y el infierno». Naturalmente, es algo que está por encima y por fuera de esos aspectos limitativos. Una misión alta, decía Sábato, y desde luego lo es, a rajatabla o como se quiera que lo sea. La creatividad de la literatura en sus formas más lúcidas, eternamente resbaladizas y siempre retoñantes. Hasta con intervención de la solución educativa, con visión socio-ética de la vida heterogénea y heterodoxa de los hombres. Y sin olvidarse de que hay zonas sombrías que el hombre tiene que vislumbrar y aclarar al mismo tiempo que las va cruzando y atravesando. Es una misión milagrosa según Sábato, la literatura con hondísima significación de validez, de eternidad. Empleando su imagen del túnel, dígame que siempre acaba viéndose una luz o una lucecilla, una acción consciente de lo luminoso, el final animoso que ya es alba.

Es urgente la transparencia en las aventuras del hombre. Porque suele ser tenebrosa su existencia, «opaca», según Sábato.

Dando por supuesto, y es la pura verdad, que a Sábato le interesan mucho las letras galas (2), ofrece ocasiones para comentario el ir espigando esa temática en su obra. Rezuma una constante.

Un personaje a quien cita numerosas veces es Paul Valéry. Escritor que reúne los dos aspectos del intelectual completo, lo matemático (o lo científico) y lo literario (o lo filosófico). Hombre de espíritu universal a quien «sólo le queda el recurso de la melancolía», dice el escritor argentino, «Valéry representa un poco esa situación, en que la realidad será suplantada por un conjunto de añoranzas y de insatisfechos deseos de universalidad». El hombre que añora ámbitos de universalidad gracias a los sueños, como la suma de diferentes factores. Es que hay acercamiento al mismo tiempo que alejamiento, atraer y repeler en la unicidad indestructible del complejo sistema humano. Y trae a cuento una frase valéryana: «Me era necesario elegir, para pensar, entre dos órdenes de cosas admirables que se excluyen en sus apariencias, que se asemejan por la pureza y la profundidad de sus objetos...». La diversidad y hasta la divergencia, como el orden que lógicamente supone un cierto desorden, es el admirable juego de los contrarios, de las antítesis. Paul Valéry es personaje de resonancia varia, alcanzando cúspides de interés por sus dedicaciones. A eso le llevaba su admiración por la matemática y su desidia por la filosofía. Nos describe tal dualidad el autor argentino: «Para Valéry lo impuro es lo vago y la filosofía es la vaguedad por excelencia.» Brotan añadidas complementarias, y así tenemos que «en realidad, la crítica de Valéry a la filosofía es también filosofía, aunque no sea consecuente ni clara. A veces es situación pragmática, positivista; otras veces parece estar con Platón y creer en la existencia de no sé qué formas puras objetivas». Cabe pensar en los trabajos de Valéry acerca de la danza. Nunca puede afirmarse que la filosofía, toda la filosofía es desdeñable. Y Sábato concluye así sus modos de ver las cosas: «Valéry opone a la vaguedad de la filosofía la precisión de la matemática; pero es posible una filosofía que aplique los métodos de la ciencia... Valéry afirma, en fin, que la filosofía hace sus construcciones con palabras mal definidas, con metáforas. ¿Habría que agregar que, en ese caso, él mismo es un filósofo?» Y tanto que lo fue, aunque en su sentido menos pretendidamente filosófico, la filosofía de arquitectura literaria ante todo. La valoración sabatiana es atinada, supo meterse en criterios de apreciación. Así, en otro momento de su obra, escribe: «Compárese la literatura de un Valéry con la de un Proust y se verá hasta

(2) Cf. *Uno y el Universo*, Seix Barral, Barcelona, 1981.